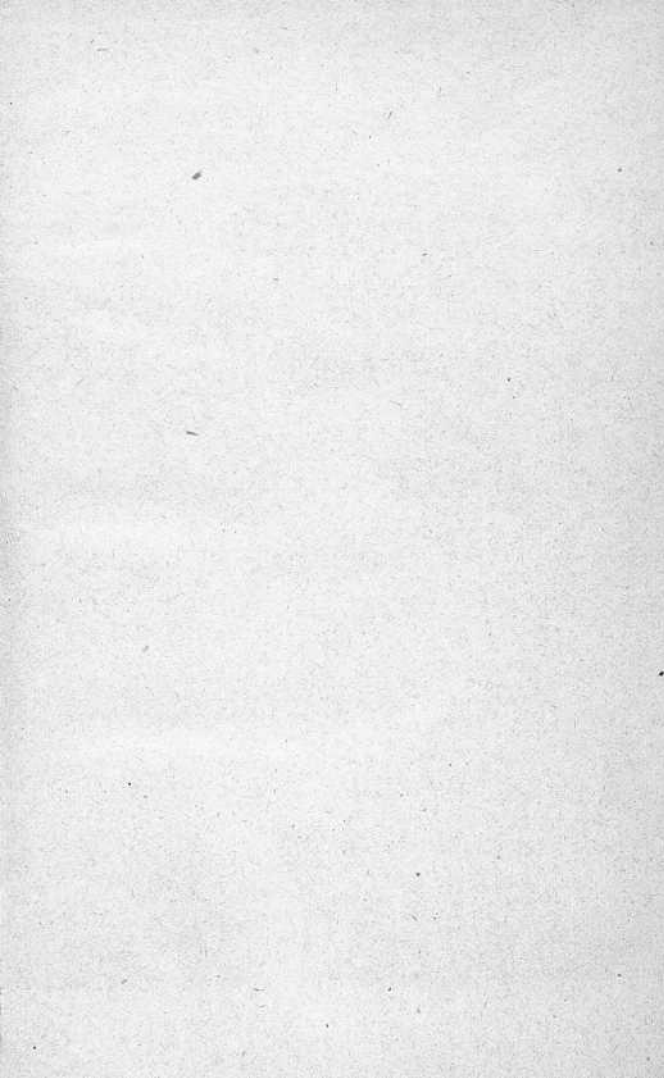


23.

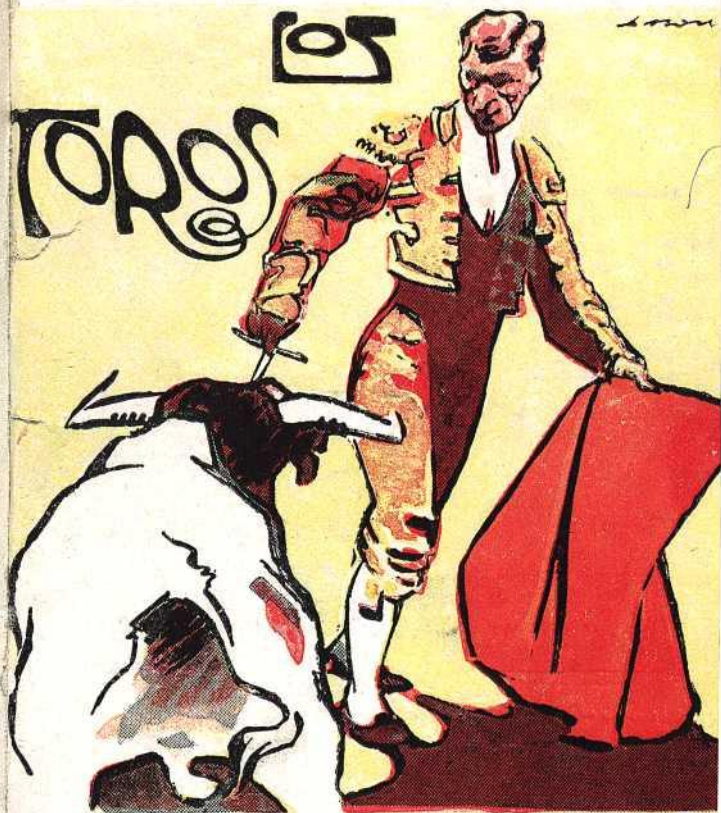




EL ARTE de VE

LOS

TOROS





EL ARTE DE VER LOS TOROS

*Sobre tauromaquia ha
publicado el mismo autor*

*Con el pseudónimo de
EL NIÑO DE DIOS*

El primer torero Lagartijo

Dramas del toreo

Recortes y Galleos

Nécrología taurina

*Con el pseudónimo de
UNO AL SESGO*

Los reyes del toreo

Almanaque El Toreo para 1912

El arte de ver los toros

El arte de ver los toros

Manual del aficionado
a la Fiesta Nacional

POR

UNO AL SESGO



ALEJANDRO BOU, editor
Casanovas, 110-Barcelona



ENRIQUE
ABOGADO
MADRID

El arte de ver los toros

A mi querido amigo, inteligente aficionado y correligionario en «gallismo» don Rafael Alba, como testimonio de sincero afecto.

UNO AL SESGO

Si no estás muy versado, lector, en la materia, probablemente creerás que el arte de ver los toros queda reducido al arte de mirar lo que en el ruedo ocurre. Pues bien, si eso te parece, te encuentras en el más craso de los errores.

Todo español, por tratarse de la fiesta nacional, suele suponerse un Cúchares teórico en cuestiones de tauromaquia, y si fueran a contarse los que en realidad entienden algo, por lo reducido, el número parecería inverosímil.

No abrigo la pretensión de que sólo con la lectura de este breve manual, cualquiera llegue a ser lo que se llama un buen aficionado; pero mucho le ayudará a formarse sirviéndole de guía para apreciar mejor lo que observe en las corridas, sobre todo en lo que al toro se refiere, pues en éste debe fijarse principalmente el espectador, puesto que de sus condiciones depende en primer lugar el éxito malo o bueno del torero en la ejecución de las suertes.

Por el toro empezaremos, pues, este trabajo, que más será una recopilación de observaciones hechas por parte de inteligentes taurófilos y profesionales mismos, que un libro original y escrito a capricho.

Sin más preámbulo, que el espacio es corto, damos principio a la tarea.

EL TORO

Trapío, pinta, cornamenta, defectos, condiciones de lidia

TRAPÍO es el conjunto de propiedades que determinan la buena o mala estampa del toro.

Se dice de buen trapío al toro que es de libras, tiene el pelo luciente, espeso, sentado, fino y limpio; las piernas enjutas y nerviosas; las articulaciones pronunciadas y flexibles; la pesuña pequeña y redondeada; los cuernos de buen tamaño y colocación, finos y negros o muy oscuros; la cola larga, espesa y suave; las orejas vellosas y movibles, y los ojos negros y vivos.

Se llama *pinta*, el color del pelo del toro, la cual nada influye en sus condiciones.

La nomenclatura con que se designan las múltiples pintas de los cornúpetos son las siguientes:

ALBAHIO.—Color canario muy claro.

ALBARDADO.—Retinto o castaño con el lomo muy claro.

ALDINEGRO.—Toro castaño o cárdeno que tiene negra la piel de medio cuerpo abajo en toda su longitud.

APAREJADO.—Berrendo con una lista por el lomo, de seis o más pulgadas de ancho.

BARROSO.—Color amarillento sucio.

BERRENDO.—De dos colores dispuestos en grandes manchas.

BERRENDO EN NEGRO.—Blanco y negro.

BERRENDO EN CASTAÑO.—Blanco y castaño.

BERRENDO EN CÁRDENO.—Blanco y cárdeno.

BERRENDO ALUNARADO.—Cuando las manchas de los dos colores son proporcionadas en tamaño.

BERRENDO ATIGRADO.—Si el color negro, castaño o cárdeno es a lunares pequeños. Se llaman también ESTORNINOS los toros que presentan esta pinta.

BERRENDO CAPIROTE.—Todo el cuello y la cabeza del color distintivo.

BERRENDO BOTINERO.—La parte superior de las manos y patas blanca y la inferior de otro color.

BERRENDO CALCETERO.—El botinero cuando tiene abierta por una lista clara la parte de color oscuro.

BOCINERO O JOCINERO.—Que tiene el hocico negro y lo demás de su piel o al menos la cabeza de otro color.

BRAGADO.—Toro de cualquier pinta, excepto la del berrendo, cuyo vientre es blanco.

CAPUCHINO.—Llámase así al toro que siendo de un

color tiene la cabeza de otro. Es pinta que escasea, pero la hay y no debe confundirse con el Capiroote.

CÁRDENO.—Color de ceniza. El *tordo* de los caballos.

CARETO.—El toro de cualquier color que tiene la cara blanca y el resto de la cabeza oscura o al contrario.

CASTAÑO.—Color de castaña. A estos toros suelen llamarse hoy, por cierto con ninguna razón, colorados.

CASTAÑO VERDUGO.—Manchas oscuras por el cuerpo.

CASTAÑO SALINERO.—Diminutas manchas blancas por el cuerpo, especialmente por los cuartos traseros.

CASTAÑO OJO DE PERDIZ.—Círculo claro alrededor de los ojos.

CASTAÑO OJINEGRO.—Piel negra ribeteando los ojos.

CHORREADO.—Toro de cualquier pinta con listas verticales del lomo al vientre, de su color, pero más oscuro que lo restante. Pueden ser chorreados todos los toros menos los negros y berrendos.

ENSABANADO.—Con todo el lomo, costillares y extremidades blancos. El ensabanado puede ser capirote o capuchino, pero si a más fuese calcetero o botinero, se califica ya simplemente de berrendo.

GIJON.—Castaño encendido. Este nombre es muy

usual en el centro de España, por recuerdo de la célebre ganadería de D. José Gijón, vecino de Madrid, cuyas reses tenían todas esa pinta.

GIRÓN.—Toro que siendo exclusivamente de un color tiene una sola mancha blanca, no muy grande, con tal que no sea en la frente ni en el vientre.

JABONERO.—Blanco muy sucio.

LISTÓN.—Con franja de distinto color que el del cuerpo y sin interrupción a lo largo de la columna vertebral. El ancho de la lista no debe pasar de cuatro dedos.

LOMBARDO.—Negro con el lomo castaño obscuro.

LUCERO.—Castaño, negro o cárdeno, con mancha blanca en el testuz.

MEANO.—El toro que tiene blanca la parte ocupada por los órganos de la generación, siendo lo restante de su cuerpo de pinta oscura. Se diferencia del bragado, en que éste tiene todo el vientre blanco.

MELENO.—Cornúpeto de cualquier color, que tiene un gran mechón de pelo en el testuz cayendo sobre la frente.

MULATO.—Negro pardusco.

NEGRO.—Color negro.

NEGRO AZABACHE.—Negro aterciopelado y lustroso.

NEGRO ZAINO.—Cuando no tiene nada blanco y es además su pelo casi mate.

NEVADO.—Toro de cualquier pinta, menos berrendo, que tiene en el fondo de su piel pequeñas manchas blancas en mayor y menor número.

OJALADO.—Con festón alrededor de los ojos como de dos pulgadas de ancho y de color diferente a lo demás del cuerpo.

RETINTO.—Color castaño muy obscuro y cuello casi negro.

REBARBO.—Pinta obscura, con el hocico blanco.

SALINERO.—Blanco y colorado sin formar mancha.

SARDO.—Toro que en manchas de indiferente magnitud y juntas, tiene los tres colores de negro, castaño y blanco.

*
* *

Por la forma o disposición de los cuernos, se denominan:

ASTIBLANCO.—Toro de cuerno blanco menos la punta, que es obscura.

ASILLADO.—Con uno o ambos pitones rotos, formando en el final hebras más o menos finas.

ASTIFINO.—Toro que tiene las astas delgadas y brillantes.

BIZCO.—Que tiene uno de los cuernos más bajo que otro, bien por estar aquél caído o torcido, o por ser menos largo.

BROCHO.—Con astas que sin ser gachas son algo caídas y al propio tiempo apretadas.

CAPACHO.—Llaman así a la res que tiene las astas abiertas y un poco caídas.

CORNALÓN.— Que tiene largas y grandes las astas pero en su dirección natural.

CORNIABIERTO.— Toros cuyos cuernos son abiertos en demasía, engendrando una cuna sumamente ancha.

CORNIAPRETADO.— Que tiene los cuernos muy juntos, especialmente los pitones y la cuna muy estrecha.

CORNIDELANTERO.— Con astas cuyo nacimiento está en la parte de frente del testuz, siguiendo la rectitud de ellas hacia adelante.

CORNIAVACADO.— El que a diferencia del anterior tiene el nacimiento de los cuernos muy atrás y su inclinación separada.

CORNICORTO.—Con cuernos pequeños.

CORNIPASO.— Que tiene los pitones vueltos rectamente hacia los lados.

CORNIVUELTO.— El que asimismo los tiene vueltos, pero hacia detrás.

CUBETO.—El que tiene las astas tan caídas y juntas por los pitones, que le es imposible herir con ellas. No es toro de recibo para jugarse en corridas de cartel.

DESPITORRADO.—Toro cuyos cuernos están rotos,

pero no romos, siempre que quede en ellos alguna parte de punta.

GACHO.—Con astas que arrancan más abajo del sitio en que comúnmente apuntan, teniéndolas agachadas, pero sin abrir ni cerrar mucho.

HORMIGÓN.—Toros cuyos pitones son poco agudos, o redondos, aunque menos que los mogones.

MOGÓN.—Cornúpeto que tiene completamente roma la punta de un asta o de las dos. No es toro de plaza.

PLAYERO.—Suele llamarse así en general a todo bicho mal encornado, a pesar de que no falta quien aplique ese nombre sólo a los corniabiertos.

VELETO.—Cornúpeto que tiene los cuernos prolongados y altos.

*
**

Por sus condiciones para la lidia, los toros pueden clasificarse, en

ABANTOS.—Se llaman así los que son medrosos por naturaleza, y a veces huyen al tirarles el diestro un capotazo; otras veces se arrancan y antes de entrar en jurisdicción se varían con rapidez.

El aficionado, aunque observe esa faena en un toro, debe esperar a que se fije con algunos capotazos, antes de declararlo manso, pues en muchas oca-

siones esos toros se reponen y acaban por cumplir bien, excelentemente en algunos casos.

BOYANTES —Son los toros bravos, claros y nobles, que toman el engaño perfectamente y siguen siempre el viaje que se les señala. Hay categorías en ellos, pues no siempre acompaña en igual grado la bravura a la nobleza.

Las reses boyantes se subdividen en *blandas*, *duras* y *secas*. Es blanda la que se duele al castigo, no aprieta, tira generalmente coces a la salida, y realiza ésta torciendo el cuello; dura, la que en el encontronazo hace bastante fuerza, por no sentirse al hierro; no cocea al salir, ni ladea el pescuezo en ese momento; y seca, aquella que, después de consumada la suerte, vuelve a colocarse en ella esperando otro objeto a que acometer.

BRAVUCONES. —Se llaman los toros *abantos*, pero menos medrosos, que embisten muy poco y alguna vez al tomar el engaño rebrincan y se quedan en el centro de la suerte sin permitir rematarla.

CELOSOS O REVOLTOSOS SON los que en iguales condiciones que los boyantes, discrepan de éstos en que tienen más codicia por coger, y en su virtud se revuelven ligeros para buscar los objetos, sosteniéndose con fuerza sobre las manos en los lances y siguiendo con la vista el engaño que, sin darse cuenta cómo, huyó de su cabeza. Por más que para torear estas reses se necesita de mayor agilidad que

para las boyantes, son muy buenas para lidiarlas y se prestan a la ejecución lucida de todas las suertes.

CÍÑENSE O SE ACUESTAN los toros que aunque toman cumplidamente el engaño, se acercan mucho al cuerpo del torero, y casi le pisan su terreno. Los toros que se ciñen ofrecen también una lidia vistosa y segura; pero hay que tener cuidado de darles siempre bastante salida y despegarlos lo posible, sobre todo en los pases de muleta.

GANAN TERRENO aquellos que estando en suerte comienza a caminar hacia el diestro, ora cortándole el terreno, ora siguiendo el de fuera. De estos toros existen dos géneros, que importa distinguir: unos principian a ganar terreno desde la primera suerte, notándose que es su peculiar manera de partir; y otros empiezan a tomarle después de aquélla, y lo hacen intencionadamente por haber sido burlados. Si a estos últimos se le juntara el rematar con el bulto, hay exposición en torearles sin precauciones.

PEGAJOSOS son los cornúpetos que a pesar de tener libre la salida, no la toman y se quedan en el centro tirando cabezadas, intentando llegar al bulto, y cuando lo consiguen, desarmando al picador, no quieren dejarlo ni les hace mella el castigo.

RECARGAN los toros que llegan a la garrocha y al sentirla se salen de la suerte como para ocupar su terreno; pero conforme se les quita del morrillo,

arrancan al rematar con prontitud y vuelven sobre el bulto para cogerle. A veces muestran tanta codicia como los pegajosos.

DE SENTIDO.— Toros de sentido son los que distinguen el cuerpo del engaño, por lo que no hacen caso de éste y rematan constantemente en aquél. A veces toman el trapo, pero es a la fuerza, y no por ello dejan de rematar en el bulto. La lidia de estos toros está sembrada de escollos, no obstante los cuales el arte tiene recursos para anular el peligro.

* * *

Existen además, por defectos en la vista, los toros *burriciegos* y son aquellos que ven mucho de cerca y poco de lejos; otros, que ven mucho de lejos y poco de cerca, y otros, que no ven lo suficiente ni de cerca ni de lejos. A los primeros debe citárseles en corto para que vean próximo al diestro y se consientan; entonces arrancan con codicia y ligereza, por lo que, si conservan piernas y al toreiro le faltan o no está sobre sí, pueden embrocarle.

Los de la segunda clase son de respeto para lidiarles. Como no distinguen bien, acometen a todo lo que se les pone por delante y buscan el bulto por ser objeto mayor y que, por consiguiente, ven mejor.

Los del tercer grupo son los mejores de todos

los burriciegos: no viendo el viaje, rara vez siguen al torero hasta rematar. Pero en cambio son los más pesados y propenden a aplomarse.

* * *

Por lo que respecta al toro, quédanos por decir algo referente a las *querencias*, que es cosa importante para que el espectador pueda formar juicio exacto sobre el mérito de la labor de un torero, por si ejecuta la suerte a *favor de querencia*, siempre fácil, o *contra querencia*, siempre difícil.

Las querencias en el redondel se dividen en *naturales y accidentales*; las primeras son la puerta de los chiqueros, y las segundas las que casualmente toman las reses en ciertos sitios, por haber un caballo muerto, por sentir algún descanso o defensa, como son las de las barreras, o por estar la tierra movida y fresca.

* * *

Otra cosa que debe tener presente el aficionado es la transformación que sufre el toro en sus condiciones durante la lidia, pues es muy frecuente que una res que salió *abanta* se crezca, que otra brava se huya o duela al castigo, que un toro noble se haga de sentido, etc., no una vez, sino varias en los breves minutos que está en el ruedo.

Si el espectador no conoce perfectamente la calidad del enemigo que tiene delante el torero, es imposible que pueda apreciar las faenas que con él se hacen, pues no es lo mismo torear una res noble y franca. que otra de sentido y bronca.

De ahí que se diga con tanta verdad que «los toros dan y quitan».

De las suertes en general

En principio puede asegurarse que una suerte tiene tanto más mérito cuanto más cerca de los pitones se ejecute y más vistosamente se remate, es decir, que la mejor será aquella en que se reuna el arte y el valor, que por algo clasificó a la Tauromaquia el insigne Menéndez Pelayo como arte que tiene su puesto entre la gimnasia y el baile.

De oír lo que algunos *sabios* preconizan, eso de torear queda reducido a una continua y metódica preparación del toro a bien morir, para mayor gloria del matador, y cuanto con la fiera se haga tanto con el capote, como con la vara y banderillas no tiene otro objeto que ese: mermar facultades, quitar poder, *ahormar* la cabeza del toro, para que con el menor riesgo posible cumpla el espada su cometido.

Indudablemente, puesto que el acto más culminante de la tragedia es ese, el de la muerte del toro, nada hay que oponer a que todo se encamine a su mayor brillantez, pero siempre y cuando que nos e

haga con perjuicio del público, o lo que es lo mismo, del espectáculo, de su animación, de su grandiosidad. Consecuencia natural de aquella teoría es la actual repugnante suerte de varas, cuya depuración artística, esa evolución que ha seguido todo el toreo, la cortó de raíz el concepto de que en ese primer tercio lo interesante es castigar al toro, igual con la puya que haciéndole suspender con la cabeza el peso del caballo y picador.

Ante la orden de un *Guerrita* a su picador de «que enganche» orden que se ha seguido repitiendo, y es en la actualidad innecesaria, el arte de torear a caballo desaparece en absoluto, la suerte de varas queda reducida cuando más a colocar el puyazo en lo alto, y toda la maestría del varilarguero a caer reunido con el caballo, después de haberle pegado lo más posible al toro.

Había derecho a esperar que fuera otra cosa, al cabo de doscientos años, el toreo a caballo; pero no es posible que lo sea mientras se pique atendiendo únicamente las conveniencias del matador.

Igual, exactamente igual, ocurriría, y ha ocurrido a veces, con el segundo tercio, si la personalidad del banderillero queda anulada por las exigencias del espada que ordena que se ejecute la suerte pronto y sin adornos, con el pretexto de que estos descomponen al toro.

Bien que no se abuse de ellos, bien que no se

pierda de vista lo que puede beneficiar al matador; pero antes que el matador está el público, el espectáculo mismo, y en obsequio de éstos, todos tienen deber de amenizarlo y cada uno en su cometido a complacer, a distraer al espectador debe tender puesto que el espectáculo en honor del público se hace.

Los que más contribuyen a crear ese estado artificioso de cosas, son la polilla que a sí mismo se llama *aficionados inteligentes*, los cuales además de sostener esas teorías que están muy bien en boca de los interesados, dicen también, por ejemplo, que el caballo herido es el mejor para picar toros, porque «se agarra más» llevando *su saber* hasta hablar en picador o en contratista de caballos, y sin pensar que proclaman una blasfemia, pues el ideal de la suerte de varas sería que los caballos resultaran ilesos, y ya que no se puede exigir lo ideal, contentándonos sólo con lo que es de humanidad, por el buen nombre de la fiesta, un aficionado, entre el caballo y el picador, debe ser por lo menos neutral

¡No creo que necesite el espectáculo unos toquecitos más de barbarie, sobre todo de esa que no es un accidente de la lidia, sino que se trata de superponer por una indiferencia que es menos simpática que la misma crueldad!

Quedamos pues, que cuanto en los ruedos se hace y se intenta es para diversión del público, sin

perjuicio de que se tengan en cuenta las conveniencias del matador, y siempre y cuando éstas no estén en pugna con los derechos de aquél.

Y entremos ahora en materia.

Para mayor comprensión de lo que en la arena ocurre, debe saber el espectador lo que se entiende por terrenos y la división de éstos.

La división de los *terrenos* no es idéntica para las suertes de a pie y para las de a caballo. En las primeras, el terreno del toro es invariablemente el de afuera o sea el que media desde el sitio en que esté colocado hasta los medios de la plaza; y el del torero el de dentro, o que queda de donde se halla la res a las tablas. En las de vara ofrece alguna dificultad la fijación de los terrenos, por ser infinitas las posiciones en que se verifica; no obstante el terreno del toro es en ésta el que se extiende a la izquierda del picador al que debe entrar el bicho por delante de la cabeza del caballo; y el del diestro no es precisamente el de su derecha, sino el que teniendo en cuenta la clase de toro que se va a picar, deja más pronto libre la salida, que debe hacerse siempre buscando los cuartos traseros de animal.

Tanto en los lances de a pie como en los de a caballo, se denomina *centro de la suerte* el punto en que se consuma, o por mejor decir, el confín de ambos terrenos en que, habiendo humillado el toro

y hecho el quiebro, pasa cada cual al que antes ocupara el otro.

Las suertes se ejecutan con los *terrenos cambiados*, cuando al toro se le da el de dentro y toma el torero el de fuera.

Tanto en banderillas como al estoquear, esta suerte tiene compromiso por la mucha codicia con que los toros embisten, creyendo que van a apoderarse del bulto.

Al salir el toro a la plaza, lo primero que con él se hace es CORRERLO.

El toro que tenga muchas piernas debe tomarse largo, echándole el capote bajo y no parándose al citararlo, ni correrlo en la misma dirección que tenga su cuerpo y cabeza, para que se vuelva y retarde el primer arranque. Pero si tiene pocas facultades, se tomará corto y se parará al citararlo para que el toro siga, deteniendo el diestro la carrera para guardar una distancia proporcionada, debiendo siempre irlo mirando para verlo llegar y suspender la marcha cuando el bicho pare, porque lo contrario es feo y supone miedo.

Para quitarle prontamente facultades se suele recurrir al correrlos a terminar con un *recorte*, con lo cual, por lo rápidamente que se revuelve el animal, sufre gran destronque.

Esto, lejos de aplaudirlo, debe censurarlo el espectador y mucho más cuando en vez de un *recorte*

son una serie de ellos los que se dan al toro, por la merma de facultades que esto le ocasione.

Lo bien hecho es correrlos por derecho y rematar dándoles salida larga.

Cuando se trate de ABRIR un toro, esto es, desviarlo un poco de las tablas para hacer suerte con él, se darán los capotazos hacia adentro para que el toro dé una vuelta, cuyo remate es sobre el terreno de afuera y quede en disposición de practicarla. Si por el contrario está muy desviado y se trata de acercarlo un poco a la barrera, a lo que se llama CERRARLO, los capotazos se darán de fuera a dentro.

Inmediatamente después de estos capotazos preliminares, vienen, si es que el matador lo juzga oportuno, los

Lances de capa

y generalmente se suele empezar por la VERÓNICA.

La suerte denominada VERÓNICA es una de las más lucidas y seguras que se ejecutan, debiéndose su invención al sin par maestro sevillano Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Sitúase el lidiador para efectuarla de cara al toro, en la rectitud de su terreno, de modo que las manos de éste estén enfrente de los pies de aquél; lo citará en esa postura y lo dejará venir hasta que llegue a jurisdicción, cargándole entonces la suerte, y cuando esté en su te-

rreno y tenga el toro fuera, sacará el capote, finalizando la suerte. Hasta el momento de cargar la suerte parará los pies el diestro, procurando siempre que la res quede derecha a la terminación para hacerle la segunda.

En vez de colocarse frente a frente del toro, hay diestros que se perfilan con él, y como en ese caso la quietud de los pies puede ser absoluta, resulta la suerte muy lucida.

Es una *fea ventaja* citar con el *compás* abierto, y juntar los pies cuando, cargada la suerte, ya lleva el toro su viaje.

Claro que, según la condición del toro, le será más o menos lícito al torero tomar ventaja, pues ni en todos los casos se podrá parar igual, ni estirar lo mismo los brazos, ni levantarlos de idéntica manera.

La NAVARRA viene a ser en el día un intercalado entre las VERÓNICAS. El renombrado espada *Martíncho* fué su introductor.

Para efectuarla se colocará el diestro en la misma disposición que para la verónica, cuidando de que el toro tenga enteras sus piernas, poniéndose corto, y al embestir le irá tendiendo la suerte, se la cargará mucho cuando llegue a jurisdicción, torcerá el cuerpo de perfil alargando los brazos y teniendo los pies en la mayor quietud, y, estando ya el toro fuera y bien humillado, le arrancará con prontitud la capa

por bajo del hocico en dirección opuesta á la que llevaba, y dará en ese instante una vuelta en redondo, con los pies juntos, por el terreno de adentro, quedando frente al toro preparado para otra suerte.

El FAROL, más que una suerte propiamente dicha, es un accidente de la *verónica*, y por lo general se ejecuta entre dos lances, haciendo un movimiento el diestro como para colocarse la capa sobre los hombros y volverla a su posición natural para la *verónica* con toda rapidez.

SUERTE DE TIJERILLA.—Tiene escaso mérito y se diferencia de la *verónica* en que se colocan los brazos en aspa, y así, en esta disposición se ejecuta.

SUERTE AL COSTADO.—Esta suerte, a la que algunos impropriamente llaman ahora *gaonera*, sin tener en cuenta que ya en tiempos del célebre Francisco Montes se ejecutaba, y él la define en su *Tauromaquia*, se hace de dos modos, con la capa por delante y con la capa por detrás.

Con la capa por detrás, que es como la ha resucitado Gaona, se hace poniéndose el diestro en suerte de costado con el toro y mirando hacia el terreno de dentro. Pasado un brazo por detrás, y con el otro perfectamente extendido, agarra la capa con la mayor parte del vuelo del lado del toro. Esta posición es muy airosa y se debe tener mucho cuidado en conservarla hasta que el toro llegue a jurisdicción, e igualmente en perfilarse mucho con la capa para

que no pueda absolutamente ver más que un objeto sin distinguir el cuerpo, lo cual es muy importante para el buen éxito de la suerte.

Puesto el diestro de este modo, citará al toro, dejándolo venir por su terreno, y así que llegue a jurisdicción le cargará la suerte, dando dos o tres pasos para ocupar la parte del terreno de adentro que va el toro dejando, con lo cual se le presenta de una vez toda la capa, se le echa del todo fuera y se remata como en las verónicas.

De *costado por delante* se ejecuta lo mismo, sólo que en vez de pasar una mano por detrás de la espalda, se la tiene delante del pecho.

SUERTE DE FRENTE POR DETRÁS.—Nada tiene que ver esta suerte con la anterior. Fué inventada por *Pepe Illo*, y se ejecuta poniéndose el diestro de espalda en la rectitud del toro, teniendo cogida la capa por detrás lo mismo que de frente, en cuya disposición lo cita, y así que embiste y llega a jurisdicción se carga la suerte, metiéndose el torero en el terreno del toro, y remata con una vuelta de espalda, quedando en suerte para repetir.

Este lance se suele llamar por algunos *a la aragonesa*.

LANCES CAPOTE AL BRAZO.—Introdujo Reverte esta suerte, que pertenece al toreo en campo abierto, en las plazas, y es un recorte, teniendo el capote plegado al brazo, cuyo mérito consiste en quebrar lo

más ceñido posible así que el toro llega a jurisdicción.

GALLEOS.—De todos el que ha conservado ese nombre, es el llamado del *bú*, que consiste en ponerse la capa del modo natural, marchando hacia el toro como para un recorte, y al estar en el centro se abren y agachan los brazos, haciendo el quiebro en el puesto en que el toro está humillado: hecho éste se vuelven los brazos y la capa a su anterior posición, porque ya se está fuera.

Otro galleo se hace cogiendo la capa de igual modo que para la suerte al costado, encaminándose el diestro al toro, describiendo una curva cuyo fin es el centro de la suerte, y concluye como recorte.

Se hace otra especie de galleo con el capote recogido en la mano del lado que primero ha de presentarse al toro, y llegado al centro de los quiebros, se le acerca para que humille, en cuyo acto toma el diestro la salida y muda el capote a la otra mano, haciendo un quiebro de cintura, con lo que el bicho pasa humillado por su espalda y la cabezada la tira fuera. Se realiza este lance, también, valiéndose de un sombrero o montera.

LARGAS.—Largas son aquellas suertes ejecutadas a punta de capote en que se da al toro *salida larga*, en contraposición de los *galleos* y *recortes* en que la salida es *corta*, y sufre con ella destronque la res, como ya se ha dicho.

En la actualidad se entiende por *larga* más bien el remate de la suerte a punta de capote, y se llama *lagartijera* aquella en que el diestro se tira el capote al hombro quedando de espaldas al toro; y *cambiadas* y *afaroladas* las que ha innovado Rafael Gómez, *Gallo*, la primera señalando un viaje al toro y dándole otro, y las segundas pasándose el capotillo por la cabeza, como se hace en los *faroles*. Estas mismas largas tienen otras variantes, y algunas veces el saladísimo *Gal.o* las remata con un molinete en el que la tela se enrolla al cuerpo o con una serpentina de gran vistosidad.

MEDIAS VERÓNICAS.—Como las largas, se suelen emplear en los quites, y es un recorte, el remate de una verónica, con lo que vuelve a quedar el toro en suerte.

ABANICANDO.—Es otro quite que no es más que el galleo del *bú*, hecho por delante.

Tiene mérito cuando en los primeros puyazos está el toro con todo su poder, y significa valentía salirse con él por las afueras; no lo tiene así que la res ha perdido facultades; y nunca se debe abusar de él porque descompone la cabeza al toro.

Otras suertes que se ejecutan en el primer tercio

A la salida del chiquero, cuando los toros están *levantados* y, con su afán de correr, se fijan poco, se

ejecutan algunas suertes de grandísimo lucimiento, tales como el *cambio de rodillas*, *salto de la garrocha*, y no hablo de otros saltos porque ya hoy no se practican, como son el *trascuerno*, *testuz*, etc.

El CAMBIO DE RODILLAS, no hay que confundirlo con la *larga cambiada*, que se da también de rodillas. Aunque quizás la vistosidad de esta suerte sea mayor que la de la otra, tiene menos mérito, porque en la primera el lance es mucho más ceñido y por lo tanto mayor el riesgo.

De todos modos, uno y otro se intentan la mayoría de las veces cuando el toro lleva ya su viaje, y en todos los casos a favor de querencia, citándole cerca de las tablas y en la suerte natural a fin de dejarle completamente libre el camino de su terreno.

Así como el cambio fué innovación de Fernando Gómez García, el *Gallo*, y en él tuvo su mejor ejecutante; la larga la innovó Rafael Gómez Ortega, el *Gallo*, su hijo, que tanto ha aportado a la lidia de reses bravas para su embellecimiento y variedad, hasta haber conseguido la revolución que en el modo de torear se ha verificado de veinte años a esta parte.

El *Gallo*, padre, daba su cambio en cualquier terreno, y hasta prefería los medios, ejecutándolo así que salía el toro del chiquero y más de una vez repetía el lance al revolvérsele el bicho.

En esta suerte, como en todas, tiene importancia capital el terreno en que se ejecuta, pues como el aficionado puede observar, no en todos parten los toros con igual franqueza ni con la misma codicia.

Otra suerte de capa, sencillísima y de mucho lucimiento, es la llamada AL ALIMÓN O ENTRE DOS, y que lo más frecuente es que se ejecute al QUITAR en la suerte de varas.

Se hace tomando un capote por cada punta los dos toreros, y en esta forma citan al toro que pasa por debajo, cambian de mano los diestros y citan nuevamente y así sucesivamente hasta que rematan arrodillándose los dos ante el toro y haciendo cuanto la nobleza del animal permita.

Saltos

El TRASCUERNO se ejecuta saliendo hacia el toro como si se le fuera a hacer un recorte, pero tomándolo bastante atravesado, y se procurará que el toro conozca el viaje para que empiece a cortar terreno. El diestro se va deteniendo para llegar a hacer el centro de la suerte enteramente atravesado y con la salida tapada; en este caso hace la humillación el toro para recoger el bulto y el torero se aprovecha de este momento para saltar por encima de los cuernos y librar la cabezada.

Es salto muy seguro, pero que ha caído en des-

uso. Sólo recuerdo haberlo visto en estos veinte últimos años alguna que otra vez en un embroque y como recurso para evitar la cogida.

El SALTO SOBRE EL TESTUZ, no tan sólo no se ejecuta ahora, sino que a muy buenos aficionados y hasta a toreros les he oído decir de esta suerte, como del par *a topa carnero*, que no se puede hacer, a no ser por casualidad.

Montes dice que parece ser que *Lorencillo* lo ejecutaba con mucha limpieza, y que José Cándido no le cedía en nada. Ambos toreros pertenecen a los comienzos de la tauromaquia profesional.

Pero el mismo Montes dice en su *Tauromaquia* que esta suerte puede hacerse de dos modos, o bien estando parado, citando al toro y esperándolo hasta que entre en jurisdicción y humille para recoger el bulto, en cuyo momento se le pone el pie en la raíz de los cuernos y en medio de la cabeza o testuz, para librarlo todo de un salto y caer por la cola, saliendo a todo correr, o bien, y es lo menos frecuente, salir hacia él con diferente viaje, y cuando se llegue a embrocar dar el salto del modo dicho.

El SALTO DE LA GARROCHA, como el nombre lo indica se hace con una vara de detener, generalmente sin puya, pero si la tiene se pone hacia abajo, con lo que se asegura más en la tierra; se retira el diestro en medio de la plaza viendo venir al toro, y puesto en la misma rectitud que si fuera a vadear

algún arroyo, apoyándose en el palo y dando un salto al otro lado; cuando ya la res va a entrar en jurisdicción, se da una pequeña carrera, y se toma la violencia necesaria para dar el salto apoyado en el palo y caer por detrás del toro. Esta suerte, como se ve por su explicación, es también muy bonita, y sólo hay que advertir para su segura ejecución, que no se haga con toros revoltosos, porque pueden con facilidad dar una cogida, y que será muy oportuno salir con pies y llevarse si es posible la garrocha, pues si dado el salto se deja caer, y luego el toro hace por el cuerpo, no hay defensa, mientras que si se queda el diestro con ella podrá repetir el salto, lo que tendrá un mérito particular.

Suerte de varas

La suerte de varas actualmente queda reducida a lastimar al toro, a dejar que éste enganche y a que derribe o mate al caballo.

Antes se pensó en que pudiera ser un tercio interesante por sí mismo, y no por los quites de los matadores a que da lugar.

Los tratadistas hablan de estas maneras de picar:

El modo de picar que debía agradar a los aficionados es el de *sin perder tierra*, y aunque efectivamente es muy bonito, sólo puede efectuarse con los toros de poca pujanza. Para ejecutarlo debe el

diestro citar al bicho, dejarlo llegar a la garrocha, y al llegar al centro y humillar, ponerle la puya, cargarse sobre el palo y despedirlo en el encontronazo por la cabeza del caballo, que hasta ahora no debe haberse movido; pero que conforme está el toro en disposición de tomar su terreno, se le hace girar por la izquierda, saliendo con pies.

La suerte de picar *al toro en su rectitud* no puede ejecutarse hasta que los bichos comienzan a pararse; pero ofrece mayores dificultades para rematarla bien, por la gran codicia que tienen los cornúpetos cuando se les hace.

Sea cualquiera la clase de toro que se vaya a picar, estando aplomado y en querencia, se pueden poner varas a *bicho atravesado*, lo cual es expuestísimo si no se practica con el concurso de esos dos requisitos. Esta suerte discrepa de las otras en que se cita al toro teniendo el caballo atravesado delante de él, presentándole el costado derecho; en esa disposición se le obliga para que embista, y así que hace el encontronazo se hostiga al caballo y se sale por la cabeza del toro, que castigado y hallándose en su sitio favorito no sigue al bulto.

Para picar *a caballo levantado* es indispensable gran destreza y un caballo de buena boca y bastante avisado. Casi desterrado está de nuestras plazas, en la actualidad, este modo de poner varas, que es tan vistoso y preciso si hay que habérselas

cho con el toro para alcanzarlo en la humillación, prender los *caireles* y tomar su terreno, pues estando embrocado no puede esperarse el hachazo como en el caso anterior.

A TOPACARNERO. —La suerte de parear a *topa carnero*, en desuso hoy, apellidada también de pecho o a pie firme, es, a no dudarlo, de las que ofrecen mayor dificultad en su ejecución. El lidiador que la intente se situará a buena distancia del toro, y cuando éste le mire le llamará, alegrándole para que parta: le esperará con los pies quietos, y al humillar el animal para dar el hachazo, en la misma jurisdicción del torero, se saldrá éste del embroque, no sólo por un quiebro del cuerpo, como dice Montes, sino por un compás quebrado hacia atrás, como asienta García Baragaña en sus *Reglas para torear a pie*; con cuya locución parece indicar un paso con el pie correspondiente hacia donde el banderillero crea más seguro. El diestro meterá los brazos fuera del embroque, y moviéndose muy poco o nada, debe quedar en su mismo sitio observando el viaje del toro, lo cual es de un efecto mágico y de merecido e infalible aplauso.

AL SESGO. —Al *trascuerno* o *volapiés*, como las llamó Montes, tal como hoy se ejecuta, consiste en procurar que el animal esté algo terciado en las tablas: el diestro se sitúa frente a la cabeza del bicho llamándole, y arrancando de pronto, describiendo

con toros bravos, duros y de poder, relativamente a los que ningún hombre cuenta con fuerza suficiente a hacerles otra suerte.

Pero con lo que en el día se hace, téngase por satisfecho el aficionado cuando vea que el picador va al toro y le coge el morrillo, sin preocuparse de las consecuencias, como son porrazo, caballo muerto, etcétera.

De ese picar al que Montes atribuye al señor Zahonero, hay alguna diferencia, pero las causas de ello ya están expresadas.

Suerte de banderillas

AL CUARTEO.—Para clavar los rehiletos *cuarteando*, al toro que es sencillo o boyante, ya esté parado, ya venga levantado, se pondrá el torero de cara a él, a la distancia que estime conveniente, citándolo, y cuando arranque saldrá describiendo un medio círculo, como el de los recortes, que rematará en el centro del cuarteo, en el cual se cuadrará con el bicho y meterá los brazos para clavar los palos, tomando después su terreno, y saliendo con pies si fuese necesario.

También puede hacerse esta suerte de otra manera, que consiste en poner los rehiletos antes de cuadrarse y de que el toro tire el derrote, estando embrocado el diestro, lo cual implica meterse mu-

un pequenísimo círculo, le clava las banderillas al llegar a la cabeza y prosigue su viaje.

Cuando al ir corriendo hacia la res se observe que ésta se vuelve o endereza demasiado, se cambiará de dirección para salirse de la suerte, o se hará, si es posible, a la media vuelta que es menos arriesgada.

AL RELANCE.—En los rehiletos se entiende por suerte *al relance* la que se practica viniendo el toro rebrincando de la salida de otro par que se le ha puesto o siguiendo un capote; pero siempre levantando, y aprovechándose el diestro de esta carrera, le sale al encuentro, se cuadra, mete los palos y marcha por su terreno, ordinariamente con calma, porque no suele revolverse el toro.

AL RECORTE.—Es un par de banderillas, que, como el a *topa carnero*, no se ve hoy por ser de mucha exposición.

El diestro que haya de consumarla se irá al bicho como para hacerle un recorte, y en el momento del quiebro, en que estará humillado, meterá los brazos para clavar las banderillas. Al hacer el quiebro de cuerpo, necesario para esquivar el derrote, retrasará la salida, quedándose casi pegado al costado del toro, y al tirar la cabezada, el mismo animal se clava los palos, toda vez que el lidiador tendrá la mano del toro vuelta atrás con el codo alzado, y la otra pasando por delante del pecho en la

longitud suficiente a que las puntas de ambas banderillas se igualen.

A LA MEDIA VUELTA.—Dícese a la *media vuelta*, la suerte de clavar rehiletos en que el torero cita al toro por detrás, y al volverse éste, se cuadra y mete los brazos el primero, lo cual puede hacerse, ora vaya levantado y llamándolo sobre corto o sobre largo.

AL QUIEBRO.—Este par de banderillas que es una barbaridad llamar al *cambio*, pues los cambios no se pueden hacer sin capa o muleta, se ejecutan colocándose el lidiador frente al toro, en la rectitud de éste y con los pies unidos por la parte posterior. Llámasele en esa disposición, y cuando arranca, sin menear los pies el diestro, inclina a un lado su cuerpo y brazos marcando allí a la res el sitio del bulto: el animal humilla, y el torero, sin hacer más que recobrar su natural y primitiva posición, clava los palos, zafo del derrote que el toro ha dado en vago donde creía encontrar el bulto.

Se hace también citando el diestro sentado en una silla hasta que llegado el toro a jurisdicción se levanta el torero.

El aficionado debe fijarse no tan sólo en la colocación de los palos, en este segundo tercio de la lidia, sino en la manera de cuadrar el torero en la cabeza del toro, y el modo de levantar los brazos, que es donde reside el mérito de la ejecución.

De los pases de muleta

La *muleta* o sea el engaño de que sirven los espadas en la ejecución de la suerte final, fué en su origen un pedazo de tela de tamaño y clase indiferentes que se doblaba sobre un trozo de palo o se liaba en el brazo izquierdo. Actualmente consiste en un capote menos largo que el de correr toros, sin esclavina, que en la parte correspondiente al cuello tiene un ojal, y un palo del grueso de los de las banderillas y de medio metro de largo con una pequeña verola de hierro en su extremo exterior. Para usarla se engancha el trapo por el ojal en la verola, y se recogen las puntas por el diestro en el extremo contrario del palo, al propio tiempo que éste queda formando un cuadro redondeado en el ángulo inferior próximo al matador, que toma todo el vuelo que se le sepa dar al extenderla.

En el manejo de la muleta se ha adelantado muchísimo, a contar de su época primitiva. En ésta servía únicamente para dar a los toros salida; en la que atravesamos, el torero que trastea bien, tiene en aquélla su mejor defensa y el medio seguro de arreglar la cabeza a los toros descompuestos y quitar las piernas al que las conserve.

Cada suerte que hace el matador con la muleta recibe el nombre de *pase*, y de éstos se efectúan hoy varios, admitidos y descritos unos por las Tauro-

maquias, é introducidos otros por los diestros a imitación de los primeros.

Comiézase las más de las veces el trasteo de un toro por el pase *natural* o *regular*. Para ejecutarlo se sitúa el lidiador en la rectitud del cornúpeto, teniendo el engaño en la mano izquierda, hacia el terreno de fuera: en esa posición lo citará, guardando la distancia que le indiquen las piernas del toro, lo dejará que llegue a jurisdicción y tome el engaño, cargándole la suerte y dándole el remate del mismo modo que con la capa; advirtiéndole que, si es el toro boyante, se puede tener la muleta completamente cuadrada, porque como esos bichos van siempre por su terreno, toman el trapo cumplidamente y rematan bien, siendo sólo preciso perfilarse al cargar la suerte y al rematar dar otro cuarto de vuelta, con lo que se completa la media necesaria para quedar de nuevo frente al toro.

Los pases regulares continuados, en que se describe un círculo completo con el movimiento de la muleta, se apellidan EN REDONDO; y los en que se saca el trapo por encima de la res, tendiéndolo sobre las astas, se denominan POR ALTO. A estos últimos se suelen llamar DE TELÓN, cuando la salida del engaño es hacia arriba, perpendicular y rectamente.

El pase natural también se da con la mano derecha, tomando en ella la muleta y la espada que sostiene a ésta en su parte media. Dichos pases, que

toman nombre de la mano con que se verifican, pueden darse en redondo y por alto, como los realizados con la izquierda, por más que indudablemente tienen menos lucimiento que los anteriores.

Pasar a los toros al natural, con la derecha y en redondo, tiende a quitarles facultades en las piernas; porque en esos lances padecen el destronque en las mismas y en la medula espinal. Los indicados pases son los únicos que deben emplearse con los toros que derrotan alto y que se tapan.

Los de telón y por alto sirven para levantar la cabeza al bicho que propende a humillar.

A continuación del pase natural puro, daban en toda ocasión, los diestros antiguos, el DE PECHO, porque decían y con razón, que era feo salirse de la suerte y buscar otra proporción para repetir el regular, y poco airoso cambiar la muleta a la mano de la espada, para que, estando en el terreno de fuera, se pueda seguir con otro pase natural. No obstante tales consideraciones, esa práctica está en nuestro tiempo absolutamente olvidada, y los espadas ejecutan aquel pase sólo cuando lo creen oportuno.

Seguro y lucido cual ninguno es el pase de pecho, pues a pesar de suponer algunos que carece de la primera condición, por no poderse en el jugar con desembarazo la muleta, como sea de la clase que quiera el toro a que se haga esta suerte, no se

separan en ella el engaño y el bulto, se le reduce a un objeto y se evita la colada, tan frecuente en el natural.

Se verifica el pase que nos ocupa de la manera siguiente: puesto el bicho en suerte y teniendo el espada la muleta hacia el terreno de adentro, se le hace indispensable para pasarlo sin hacer un cambio, perfilarse hacia el de fuera y adelantar hacia el mismo terreno el brazo de la muleta, con lo que queda ésta delante y un poco fuera del cuerpo, en la rectitud del toro, en cuya disposición se le cita, dejándolo venir por su terreno, sin mover los pies, y después de haber llegado a jurisdicción y tomado el engaño, se le hará un quiebro, cargando bien la suerte para que pase bastante humillado por el sitio del diestro, quien la rematará con algunos pases de espaldas, tan luego como el animal tenga engendrada la cabezada y vaya fuera del centro; de proceder así, al sacar la muleta, estará zafo del sitio del hachazo.

También hay ocasiones en que se da ahora el PASE DE PECHO CON LA DERECHA, considerado, cuando el *Algabeño* lo introdujo, como una herejía taurómaca.

Hay además otros pases que vienen a ser una parodia de los de pecho, con los que muchos aficionados los confunden, y que, aunque de gran efecto, por lo que son muy aplaudidos, no tienen el mérito

de aquéllos, por darse FUERA DE CACHO ó sin que el toro vea al diestro. Nos referimos a los pases denominados CAMBIADOS.

Para efectuarlos se coloca el diestro atravesado con el cornúpeto, esto es, dando la salida por la derecha, teniendo la muleta extendida y cogida con la punta del estoque por la parte inferior exterior: el animal ve en tal situación delante de sí un objeto grande que le tapa la frente, al que acomete, y al humillar, saca el lidiador el trapo por encima de las astas, pasa el toro por debajo. y el matador penetra en el terreno de la res inmediatamente.

Como estos pases son muchos los aficionados que los confunden con los de *pecho*, y por de *pecho* los tienen, el nombre de *cambiados* lo dan a lo que en realidad se llama CAMBIO CON LA MULETA, el cual puede ejecutarse preparado o como recurso y lo mismo con la muleta que con la capa.

Se consuma marcando la salida del toro en una dirección y dándosela por otra, y, en su consecuencia, sólo pueden hacerse con la capa, muleta ú otro engaño.

Los toros más a propósito para ellos son los revoltosos y aun los que se ciñen: con los demás no es prudente intentarlos, y exclusivamente deben practicarse cuando como recurso se vea obligado el diestro porque el animal no haya acudido al engaño y sí dirigiéndose al bulto, caso en que no queda

otro remedio que empaparle de nuevo en aquél, dándole otra salida y ganando el terreno de espaldas o sea sin volver la cara.

Con la capa se hace el cambio poniéndose el diestro a llamar el toro sobre corto; luego que llegue a jurisdicción y humille se le tiende y carga la suerte hacia el terreno de adentro, y antes de que llegue a dicho centro se le carga de nuevo, empapándole mucho y dándole salida por el terreno fuera; de manera que el centro de la suerte es delante del pecho del torero, y el animal, en su ruta, describe un ángulo semejante al de un siete al revés \angle . Esto comprueba su indisputable mérito y la razón de lo muy apreciada que es por los inteligentes.

Pocas veces le hemos visto hacer con la capa, pero infinitas con la muleta, y es, sin duda, porque el diestro gana en tales condiciones más terreno y es menos ocasionada a arrollarse y liarse, pues la muleta se saca por cima de la cabeza como en los pases de pecho.

El que realice un cambio, a más de ser lidiador de conocimientos, precisa de mucha fuerza en las piernas, porque no puede avanzar ni ladearse, y sólo en casos extremos ha de irse atrás, pisando el talón y sin descomponerse.

Al pase *cambiado*, cuando una de las puntas de la muleta se sostiene con la punta de la espada

llevada en la otra mano, se le da el nombre de *ayudado*, pudiendo ser por alto o por bajo.

Tiene menos mérito el primero, por lo que se ha dicho con respecto al pase cambiado, pero ambos son de mucho efecto, y hoy obligados en casi todas las faenas de muleta.

Carmena y Millán, hablando de ese ayudado por alto, que se llamó al principio *barriendo los lomos*, dice:

«Monta el matador la muleta que lleva en la mano izquierda, sobre el estoque que lleva en la derecha, y metiéndola con ambos brazos por encima de la cabeza de la res, se la va corriendo a lo largo del lomo hasta sacársela cuidadosamente por el rabo; el toro entretanto sigue su viaje natural, obligando al matador, que ha toreado *fuera de cacho*, a emprender una vertiginosa carrera para volver a colocarse delante del bicho, y *el respetable público*, ebrio de entusiasmo, estalla en formidables hurras y aclamaciones.»

El PASE DE LA MUERTE, otra invención de Rafael el Gallo, se ejecuta montando la muleta como para el *ayudado*, y a cierta distancia se cita al toro, teniendo los pies muy juntos el diestro y colocada la muleta a la altura de la cintura. Al hallarse la res en el centro, de la suerte se levanta vertical la muleta y pasa el toro por debajo por el impulso de la acometida.

Otro nuevo pase del mismo Rafael es el AFAROLADO o del *gabán*, como humorísticamente lo ha bautizado el público madrileño, y no es más que el remate del de *pecho con la derecha* (llevando por lo tanto espada y muleta con la misma mano) haciendo una especie de *farol* con esos trastos.

El de MOLINETE, es también el remate de uno *natural* girando el diestro sobre sí mismo, mientras el toro dobla, con la muleta enrollada a la cintura a efecto de la rapidez.

Así como Gaona ha llegado a una gran destreza cambiándose la muleta de mano, el inagotable *Gallo* ha ido más allá, y ese cambio lo hace por la espalda, aumentando así la dificultad, el mérito y el lucimiento.

Actualmente, una faena de muleta de ese torero, es lo más grandioso, más artístico y más bello de cuanto en el espectáculo pueda admirarse, y nada más difícil que describir lo que en la propia cabeza de los toros inventa, en sus momentos de inspiración.

Se dicen *medios pases* a aquellos que el torero intenta o se presenta a dar en forma de naturales, con la derecha o cambiados, y sin consumarlos se sale de la suerte por pies, lo que da idea de miedo o falta de destreza.

También se llaman *medios pases* a los que da el torero de pitón a pitón, o pasándole la muleta por

la cara al toro hasta dar un trapazo en el suelo, lo cual en ambos casos se hace para que la res tire derrotes, y se fatigue la cabeza.

Medios pases son igualmente los de TIRÓN, con los que echando la muleta al hocico de la res y tirando hacia fuera, se pretende sacar al toro de una querencia.

El pasar a los toros de muleta no es tan fácil como parece; y al realizar este trabajo es donde más debe el diestro estudiar las condiciones del bicho, por que de lo contrario está expuestísimo.

Los toreros llaman CORRER LA MANO pasando de muleta a estirar el brazo pausadamente y en toda su longitud llevando al toro en los vuelos del trapo.

De la estocada

La *estocada de muerte*, que hemos considerado como segunda parte de la suerte de matar, es la que esencialmente la constituye, porque los pases no son sino una preparación, de que en ciertos casos debe prescindirse. Pero no por ello puede negarse que el acto mismo de dar muerte a un toro hay que reputarle como un verdadero pase de pecho, en la mayoría de las ocasiones, y que aunque la experiencia acredita que puede matarse sin engaño, es sólo tratándose de reses sencillas.

Dada la estocada con sujeción a los principios de

cada lance, se saldrá siempre con felicidad, pero no todas las veces será su consecuencia la inmediata muerte del toro. En efecto: la estocada por alto es común que no se pueda clavar lo necesario, por la reunión de huesos que forman el sitio de preferencia, que son *los rubios*, o sea el centro superior de las agujas y medula espinal, sobre los brazuelos. De aquí procede la repetición con que vemos saltar la espada sin poder evitarlo el diestro, ni hacer más de su parte, por lo cual no debe medirse el mérito de la suerte en razón inversa del número de estocadas, pues más bien es una fortuna que una habilidad el rematar a la primera.

La estocada se llama *honda* si penetra en el animal totalmente; *corta*, la que no entra más que una tercera parte; *media*, la en que se introduce la mitad de la espada; *trasera* o *delantera*, según quede detrás o delante de la cruz o *los rubios*; *contraria*, la que está en el lado izquierdo del animal; *baja*, la que entra por el cuello del bicho a más de cuatro centímetros de la medula; *ida*, la que entrando alta toma la dirección de cortar la *herradura*; *tendida*, la que queda colocada en el cuerpo del animal casi horizontalmente; y *caída*, la que está a un lado de la cruz y, sin ser baja, se dirige abajo con el peso de la espada.

Las estocadas bien puestas producen sin demora la muerte en cuatro casos: cuando cortan la me-

dula espinal, cuando cogen la *herradura*, cuando el toro está *pasado de parado* y cuando está *descordado*. Las primeras son las de más efecto, porque producen la muerte con la rapidez de la puntilla, y pasma ver caer rodando instantáneamente al que un momento antes era un monstruo de fuerza y valor. Las que pasan lo que los toreros llaman *herradura*, van también seguidas de la muerte inmediata del toro, aunque sólo haya entrado medio estoque, y son más frecuentes que las anteriores, si bien no tan vistosas. Se conoce que la espada corta la *herradura*, en que entra oblicua en el pecho, un poco baja: el toro se detiene, queda en pie sin fuerza, no arroja sangre y cae en breve, sin necesitar a veces ni la puntilla.

Matan también rápidamente las estocadas por alto que, entrando por la cruz, traen una dirección casi perpendicular y pasan los pulmones, haciendo arrojar al toro sangre por la boca. Esta clase de estocadas, que por razón de sus circunstancias se denominan *pasadas por pararse*, suelen muchos confundirlas con los *golletes*, lo que es hijo de la más crasa ignorancia, porque tienen un mérito sobresaliente, en atención a que para darlas es preciso estar inmóvil hasta el instante en que el toro esté en el centro muy humillado, y meter entonces el brazo en dirección vertical, lo cual es difícilísimo.

Un toro queda *descordado* al recibir una estoca-

da alta que le corte los tendones que le sirven para el manejo de los remos o los nervios que le dan vida. Las reses descordadas caen al suelo como heridas de un rayo, pero quedarían vivas si no se les diera la puntilla.

Las estocadas bajas se apellidan, genéricamente, *gol etes*, y matan pronto al toro, porque entran en el pecho y pasan los pulmones. Nunca son del mérito de las de por alto, pero hay ocasiones en que son preferibles y que señalaremos más adelante.

Muchas veces sucede que el estoque penetra oblicuamente, asomando la punta por el lado opuesto, o dando muestras de su presencia un bulto formado por la coagulación de la sangre: esta estocada, que se llama *atravesada*, es feísima, porque patentiza no haberse hecho la suerte bien, es decir, haberse marchado el torero de la reunión.

Cuando el cornúpeto se ciñe mucho o da una colada, ocurre que la espada entra por el lado izquierdo del toro y ni aun lo pincha, lo cual es lo que los diestros designan con la locución de *irse la estocada por carne*, a diferencia de cuando penetra por el tejido que cubre la piel y sigue entre cuero y carne, sin hacer casi daño, a lo que llaman *envainar*.

Después que se ha dado la estocada, aun cuando la res no necesite otra para morir, suele tardar mucho tiempo en echarse, y para abreviarla se emplean varios recursos: si la espada quedó dentro deberá el

matador juzgar si es mejor que permanezca metida o sacarla; estando la espada puesta en buen sitio, pero poco introducida, se deben dar capotazos al toro que solamente le hagan tirar cabezadas hacia el lado, con lo que se le clava más; y si, por el contrario, se quiere que el bicho suelte la espada se le echará el trapo a la cruz para sacarla agarrada con él. Con la espada dentro o fuera, si se ve que la herida rebosa sangre, se le dan capotazos por derecha e izquierda alternativamente o se le hace dar muchas vueltas, porque con ello se consigue que salga más sangre, que pierda las piernas y la cabeza, y por último, que caiga. A esto suele oponerse el público, pero conste que sin razón.

Al toro herido mortalmente que se aploma en la querencia contra los tableros, y no se echa, a pesar de estar expirante, se le dejará algunos minutos solo y quieto, para ver si se acuesta, pero si permanece en posición vertical, se le incitará por todos los medios posibles, para ver si sale a los cites, y cerciorado el diestro de que no, le hará que baje la cabeza tocándole con la punta del estoque en el hocico, para que se descubra y se pueda DESCABELLAR, operación que consiste en introducir la punta del estoque entre las dos primeras vértebras que revisiten la medula espinal, cortándola en su nacimiento, y que produce la muerte instantánea del cornúpeto. En esta suerte estarán a la mira un par de capotes,

por si el toro se arranca tras del diestro, que lo distraigan.

El toro que se echa conservando algún vigor y teniendo al matador enfrente, se recela generalmente del cachetero que siente venir por detras y se levanta o lo intenta: el matador sucediendo esto debe *atronarle* con las precauciones sentadas para el descabello, porque la acción es igual; sin otra divergencia que se dice descabellar si el toro está en pie y atronar si esta echado.

Hace muchos años que la suerte de atronar no se emplea y debiera hacerse.

Diferentes maneras de matar

La suerte de RECIBIR fué inventada por Francisco Romero en el año 1726, y la primera de todas las imaginadas para matar toros a pie con espada y muleta.

Para matar un toro boyante recibiendo, debe colocarse el espada derecho y perfilado con la parte superior del cuerno derecho, teniendo cuidado de que el toro coloque las manos juntas, como deben estar para todas las suertes, y el cuerpo recto en el terreno conveniente; el brazo del estoque hacia el terreno de fuera y la mano delante del pecho, formando con el arma una misma línea, de modo que la punta mire al sitio en que se quiera clavar; el

brazo de la muleta, después de recogida ésta sobre el extremo que se tiene asido para no pisarla y reducir al bicho al exterior que es el desliado, se pondrá como para el pase de pecho. En tal disposición se le citará a una distancia corta, cuando la res tenga la cabeza levantada y preparada, con el objeto de traerla por su terreno; y luego que llegue a jurisdicción se hará el quiebro de muleta en dirección al terreno del toro, con lo cual debe quedar el matador zafo del embroque, y entonces es cuando debe aprovecharse la ocasión de meter el brazo al humillar el animal, pero sin adelantar la suerte ni mover los pies.

Si se adelanta la suerte o se mueven los pies, ya no puede llamarse la estocada recibiendo; advirtiéndose que no se falta a esas reglas si el movimiento de pies tiene lugar después de herir, porque se pinche en hueso, y no pueda resistirse al encontronazo o se revuelva el animal, como sucede con mucha frecuencia.

En la descripción de esta suerte hemos seguido la opinión del valiente espada Manuel Domínguez, armonizándola con la de otros diestros que, como Montes y el *Chiclanero*, están en perfecto acuerdo con el primero, respecto de los puntos sustanciales de la misma.

No debe intentarse recibir un cornúpeto más de dos veces, y si a la primera no acude por faltarle

piernas, estar receloso o en defensa, se procurará matarlo en otra suerte.

La de **AL ENCUENTRO**, es una especie de término medio entre la de a toro recibido y a volapié, introducida a principios de este siglo por el afamado matador Jerónimo José Cándido. Es un recurso inapreciable para matar los toros que, citados a recibir, no vienen en proporción de consumir el lance. Tiene efecto saliendo el lidiador con prontitud hacia el toro que trae cortado terreno, mejorándolo, formando el centro en el de las distancias, y conforme pone la espada, vacia al toro con el engaño y hace un buen quiebro para acabarla de clavar, saliendo por la derecha del animal con pies.

También es frecuente la confusión de la suerte de recibir con la de **AGUANTAR**, admitida recientemente, pero sus diferencias son grandes y vamos a apuntarlas.

Dícese que una res se mata **AGUANTANDO** cuando, estando el diestro en la rectitud del toro, después de haberle pasado y de haber acudido noble y voluntarioso, se le arranca al embozar la muleta en el palo; el matador le espera, y vaciándole con un quiebro de cintura y muleta, le hiere fuera del embroque.

No conviene, pues, esta suerte con la de recibir en los puntos siguientes: primero, en la última es requisito esencial el desafío con el trapo y en la de

aguantar no se hace éste; y segundo, la de aguantar no deja de ser tal porque se muevan los pies y se salga el diestro del sitio en que se colocara, lo cual sabemos que no pasa con la de recibir.

VOLAPIÉ.—El renombrado lidiador sevillano Joaquín Rodríguez, *Costillares*, que vivió a mediados del pasado siglo, y fué hombre de grandes conocimientos taurinos y mayor destreza, enriqueció el arte con esta nueva suerte, digna de elogio.

Su ejecución es muy sencilla: el diestro se arma para la suerte, sobre corto, y espera el momento en que el toro tenga la cabeza natural, yéndose con ligereza a él, tirándole la muleta al hocico para que humille y se descubra, metiendo entonces la espada y saliendo del centro por pies hacia la cola del cornúpeto.

Es absolutamente indispensable que el toro esté aplomado. Debe tener las piernas juntas, porque las reglas del volapié estriban en su inmovilidad y asimismo debe juntarlas, porque de lo contrario lleva adelantado un paso que habría de dar al partir, estando cuadrado, cuyo paso le presta firmeza para arrancar y forma punto de apoyo para la carrera.

Estando un toro aplomado con las nalgas contra las barreras, no se le dará el volapié sin persuadirse de que no conserva piernas y sin que se ponga un peón en la dirección de las tablas.

La ESTOCADA A UN TIEMPO se equivoca por algunos con la de al ENCUENTRO, que están muy lejos de ser hermanas. Baste decir, para penetrar la disconformidad, que la ejecución de la primera es siempre fortuita, mientras que la de la segunda es meditada y preparada.

Bajo la denominación de estocadas de recurso, comprenden los taurófilos las estocadas llamadas A CARRERA, A LA MEDIA VUELTA y A PASO DE BANDERILLAS, las cuales constituyen otros tantos modos de matar con seguridad los toros que dan que temer por ser de sentido, no arrancar o taparse. Tratándose de reses de esa índole es lícito usarlas, sin que padezca en nada la reputación del diestro que la ejecuta, pero con otras son deslucidas.

La suerte a la carrera puede intentarse cuando el bicho va levantado o cuando va corriendo tras de algún capote, y se realiza en ambos casos saliendo el espada armado al encuentro del toro, dándole la estocada por las reglas ya establecidas. Ofrece este lance la dificultad de no ser fácil herir en el sitio oportuno, por la violencia que trae el toro y por no tener el torero tiempo de hacer fijo el punto de vista.

La estocada a la *media vuelta* se efectúa de igual manera que las banderillas colocadas en aquella suerte, a la que, para no incurrir en repeticiones enojosas, remitimos a nuestros lectores.

Para ejecutar la de a *paso de banderillas*, tomará el diestro la tierra que conceptúe necesaria, atendiendo al estado del toro, y hará que nadie ande junto á éste para que no pierda la posición: liará la muleta y preparará el brazo como para recibir, yéndose al toro haciendo un cuarteo, y al humillar, dentro aún del centro, señalará la estocada, haciendo el quiebro de muleta con que se sale del embroque para dejarse caer y apurar la estocada hasta la guarnición.

El mérito de estas estocadas consiste principalmente en concluir con las reses en el menos tiempo posible, por cuya razón se procurará herir hondo y en buen sitio.

Del acachetear o apuntillar los toros

El ACACHETEAR O dar la puntilla a los toros es un feliz descubrimiento, cuya utilidad es manifiesta en la plaza, porque sin él tardarían mucho las reses en morir de una sola estocada, produciendo en los espectadores la impaciencia y el disgusto consiguientes:

Con el fin de alejar esas contrariedades se hace uso del *cachete* o *puntilla*, cuyo instrumento no es otra cosa que un cilindro de acero de una pulgada de diámetro y una tercia de largo, que termina en una de sus extremidades en una especie de lancita y en la opuesta tiene un puño de madera,

Después de echado el animal herido de muerte, y estando el matador delante con la muleta inmediata a aquél, para que el bicho se fije en ella y no mueva la cabeza, el cachetero se irá por detrás y le introducirá de un golpe la puntilla por el sitio del testuz, hacia la parte media y a poca distancia de la raíz de los cuernos, con lo que se corta la medula, extinguiéndole la vida con la velocidad del rayo.

Se llama dar la puntilla DE BALLESTILLA cuando el puntillero remata al toro por delante, no dando el golpe empuñando el mango en la forma corriente, sino apoyando en la palma de la mano el mango, con los dedos índice y de corazón apoyados en la hoja.

Hay otros dos modos de dar la puntilla, que son: A CACHETE, la forma más usual descrita arriba y AL GALLÚ, que viene a ser como la ballestilla, pero por detrás, y se diferencia del CACHETE en que no se empuña el mango.

Algunos llaman TIRAR LA PUNTILLA DE BALLESTILLA a lo que hacen algunos matadores o puntilleros cuando la tiran estando el toro de pie, los primeros, echado los segundos.

«No creo que los buenos aficionados puedan confundir la SUERTE DE TIRAR LA PUNTILLA con la de DARLA DE BALLESTILLA.» Estas frases, que se publicaron hace más de diez años, pertenecen a Rafael Guerra, *Guerrita*, á quien debemos considerar con au-

toridad bastante para acatarlas y no enseñar mal a los que nos leen.

Tirar la puntilla, es tirarla y nada más, pero no tiene nada que ver con LA BALLESTILLA.

Llamarla así, como dice muy bien el maestro *Dulzuras* «viene a ser como llamar QUIEBRO DE RODILLAS a una suerte que se hace con el capote, y como decir: El espada citó a recibir; pero se echó fuera y dió una estocada aguantando.»

FIN

Breve vocabulario taurómico

AGUJAS. - Los huesos superiores en que terminan los brazuelos en lo alto del morrillo. Se dice que un toro es *bajo de agujas* y *alto de agujas*, según sea mayor o menor la elevación del morrillo, con relación al tamaño del toro.

ADELANTAR, ACHUCCHAR.—Se dice que un toro adelanta o achucha por un lado u otro cuando con un cuerno es más diestro para cornear y busca con él el bulto.

ANILLOS. - Líneas circulares que tienen los toros en la parte inferior de los cuernos. También suele llamarse así al redor del, pero en singular.

ARMARSE. Ponerse en disposición de ejecutar la suerte.

BULTO. El cuerpo del torero.

CABEZADA.— Lo mismo que hachazo.

CASTIGO.—Todo aquello que se hace al toro y le causa molestia y dolor.

CARGAR LA SUERTE.—El movimiento que hace el diestro en el centro de ella de bajar los brazos y meter el engaño en el terreno de fuera, para echar del suyo al bicho.

CERNIRSE EN EL ENGAÑO.—Se dice cuando una res se queda delante de él indecisa sobre tomarlo o dejarlo.

CITE. Todo movimiento o voz con que el diestro incita al cornúpeto para que arrinque.

COLARSE EL TORO.—Significa haberse metido en el terreno de dentro, o haberse ido por entre el engaño y el cuerpo. Los picadores emplean esa locución, seguida de la palabra *suelto*, para explicar que llegó el bicho hasta el ca-

ballo sin haberlo pinchado. De lo primero tiene la culpa el toro, de lo segundo el picador.

CONTRARIO. Se dice que un toro sale contrario cuando en vez de dirigirse hacia el lado izquierdo lo hace al derecho al salir de los chiqueros.

CONTRASTE.—Hay contraste cuando el toro se ve obligado por dos terrenos.

CUADRADA.—Tener la muleta delante del toro, de modo que le dé toda de frente.

CUADRARSE. Ponerse al lado del cuello del toro donde no alcance el hachazo.

DERROTÉS.—Los movimientos que hace el animal con a cabeza cuando quiere desarmar al torero.

DESARMARSE.—Frase con que se designa el acto del espada que, una vez preparado para dar la estocada, por cualquier razón no la da o evita darla.

ENCERRADO.—Un diestro está encerrado si no tiene tierra bastante para hacer la suerte, sin tropezar con la fiera.

EMBROQUE.—Sobre corto: cuando el diestro se encuentra en situación que, dando el toro la cornada, lo alcanza si no se libra por medio de un recurso. Sobre largo: cuando el diestro va huyendo del toro y éste lo lleva enfilado, observando su viaje en rectitud a las tablas.

ESCUPIRSE. No tomar el engaño.

ESTAR EL TORO EN SUERTE.—Cuando está derecho, dividiendo igualmente los terrenos, para lo cual es preciso que esté en la dirección de las tablas.

HACHAZO.—El movimiento que hace el toro con la cabeza para usar de sus armas.

HALLARSE EN SUERTE EL TORERO.—Cuando está frente al toro preparado para hacer alguna.

HUMILLAR O DESCUBRIRSE.—Se llama la acción de bajar el toro la cabeza para engendrar el hachazo.

JURISDICCIÓN.—La del lidiador es el pedazo de tierra en que puede hacer la suerte, y la del toro hasta donde alcanza con el hachazo.

LIAR.—Recoger la muleta sobre el palo.

LLEVAR AL TO O TOREADO.—Cuando el toro va fijo en los vuelos de' capote o muleta y obedeciendo a la voluntad del diestro.

MEJORAR EL TERRENO.—Cuando el matador, por ejemplo, ve que el toro viene cortándole la salida y da uno o dos pasos contra la intención del animal, procurando conservar su terreno, o cuando viene escupiéndose y se adelanta hacia el del toro.

METER EL BRAZO O LOS BRAZOS.—La acción de bajar el brazo para herir o clavar las banderillas.

PAREAR.—Poner dos banderillas.

PIERNAS O PIES.—Se dice que el toro o torero tienen muchas, si son ligeros.

QUIEBRO.—Todo movimiento de cintura con que se esquivaba el hachazo.

REMATAR.—Se llama así el acto de cornear el toro las tablas cuando va siguiendo a un diestro y las toma éste, desapareciendo de su vista, o cuando no para hasta llegar a él.

SALIDA FALSA.—Viaje de los banderilleros en que no llegan a meter los brazos para clavar.

SALIRSE DE LA SUERTE.—Tratar de llevar a cabo una suerte y no consumarla por voluntad del diestro.

SENTAR LOS PIES. Tenerlos quietos hasta el instante oportuno.

SUERTE NATURAL.—Al estoquear es cuando hallándose el toro en el tercio y paralelo a las tablas, tiene el torero la salida al terreno de dentro y la fiera al de fuera.

SUERTE CONTRARIA.—Cuando ocurre lo contrario precisamente.

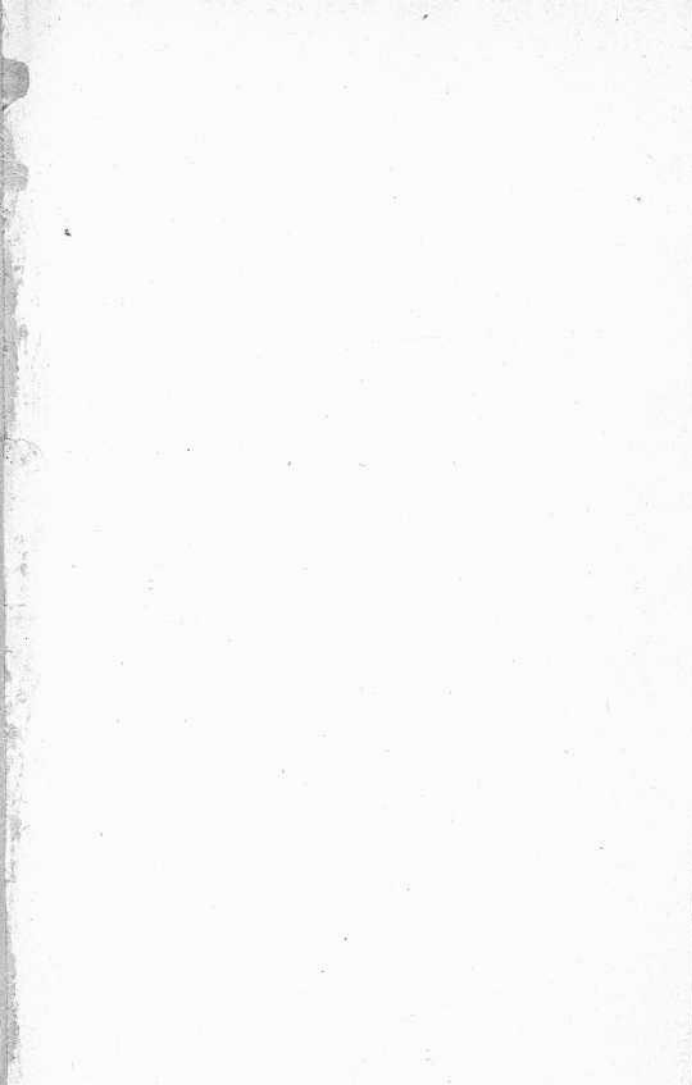
TOPARSE EL TORO.—Cuando en vez de humillar alza la cabeza.

TENDER LA SUERTE.—Bajar el capote y adelantarlo un poco.

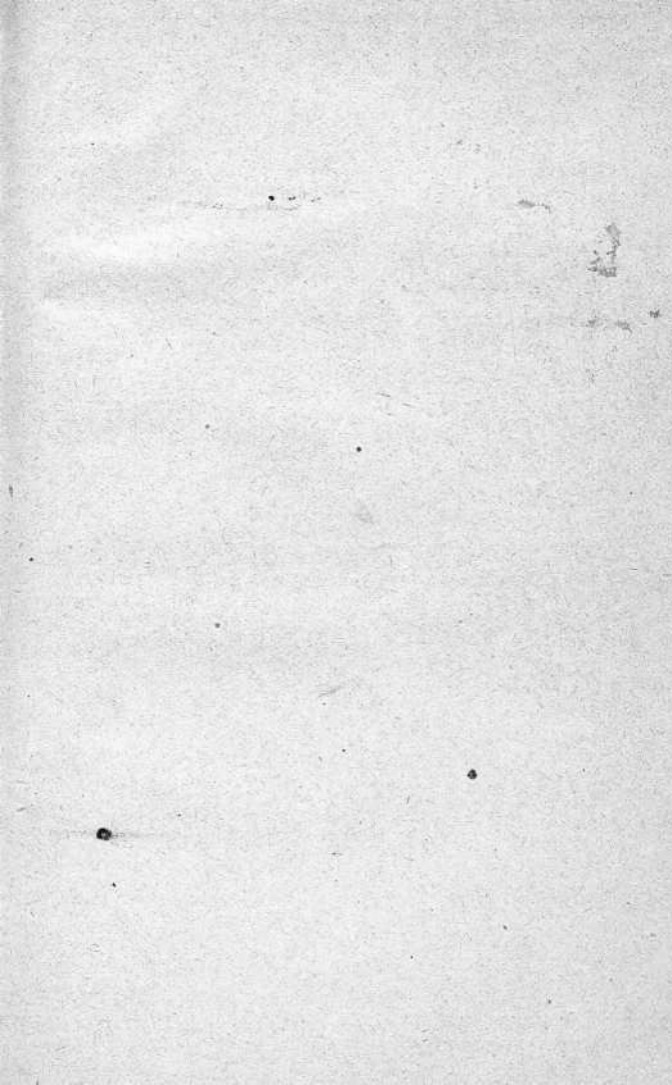
TIRAR LOS BRAZOS.—Movimiento que se hace con ellos para sacar el engaño.

TRANSFORMACIÓN.—La de los toros, si de buenos se convierten en malos, o viceversa.

VIAJE.—La carrera determinada del diestro o del toro.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	593	Precio de la obra	Pesetas
Estante .	2	Precio de adquisición	
Tabla . . .	6	Valoración actual	
		Número de tomos	



